

Una selva tan infinita

La novela corta en México (1923-2017)

Volumen IV



EL
ESTUDIO

Una selva tan infinita

La novela corta en México (1923-2017)

Volumen IV



COORDINACIÓN
GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE

EDICIÓN
GABRIEL M. ENRÍQUEZ HERNÁNDEZ,
GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE Y RAQUEL VELASCO

ÍNDICE ONOMÁSTICO
BRAULIO AGUILAR VELÁZQUEZ

TEXTOS DE DIFUSIÓN CULTURAL
SERIE EL ESTUDIO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL



DIRECCIÓN DE LITERATURA
MÉXICO, 2019

Primera edición: diciembre de 2019

Diseño de portada: Gabriela Monticelli

DR © De la compilación: Gustavo Jiménez Aguirre y los editores.

DR © De los artículos: cada uno de los autores compilados.

DR © Universidad Nacional Autónoma de México

Av. Universidad 3000, Ciudad Universitaria,
04510, Ciudad de México, México.

ISBN: 978-607-30-2931-5

ISBN de la serie: 968-36-3758-2

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

I. NOTICIAS (IN) CIERTAS DESDE LA FRONTERA

UN CLAVADO EN CÁMARA LENTA

MÓNICA LAVÍN

I

¿Por qué hablar de novela corta? Por las mismas razones que distinguimos el cuento de la novela, aun siendo los dos construcciones narrativas. Si en el uno y en la otra podemos decir que la extensión es un límite y un condicionante pues el suceso único —propio del cuento— sólo se puede tratar con intensidad y brío —en el empeño de lograr la unidad de efecto de Poe— en una cierta extensión, en cuanto son varios los sucesos concatenados para el desarrollo del personaje y su multidimensionalidad estamos en las aguas de la novela. El uno y la otra tienen intenciones distintas: el cuento es extremo, tenso, secreto, sólo conocemos algo del personaje que se muestra por el suceso narrado y que es relevante y suficiente para el estremecimiento que este provoca; la novela es más explícita, el personaje es visto frente a varios sucesos, carácter y caracterización a prueba. El espíritu de la novela es en gran angular, el del cuento es un *close up*. El cuento es género de silencio, una habitación cerrada, la novela en cambio es bulla, es edificio. En este sentido, la novela corta respira atendiendo a particularidades de uno y otra. Es tan intensa como el cuento, aunque desarrolle un suceso principal y otros adyacentes, pero nunca dejará de develar la complejidad del personaje.

Si el cuento es un clavado limpio en un solo movimiento, la novela corta permite las piruetas del clavadista, la exhibición de sus posibilidades coreográficas además de la precisión en su caída al agua. Por eso aunque la extensión es la medida más clara de la novela corta, lo corto es consecuencia de la dirección del conflicto narrado y del desarrollo del personaje. Y aun así la definición puede sonar arbitraria. En la tradición literaria mexicana, *Aura* de Carlos Fuentes me parece más novela corta que cuento y *Las batallas en el desierto* una clara novela corta donde sabremos más de Jimmy y del contexto que lo que el cuento permitiría.

Tengo para mí dos muestras claras y memorables de las cualidades de la novela corta dentro de la familia narrativa, *Daisy* de Henry James y *La balada del café triste* de Carson McCullers. Si cada título literario nos inventa como lectores, de la misma manera en que los hijos nos hacen padres, ambas novelas nos muestran el poder de la justeza en la selección de lo narrado al tiempo que convocan nuestra empatía con las antiheroínas. Nos basta con mirar a Daisy (como lo hace el narrador, aquel joven inglés que llega a visitar a su tía y conoce a esta chica americana, nueva rica, que pasa un tiempo con su familia en Roma), observar sus maneras, su espontaneidad, su rebeldía e insensatez, la manera en que se deslumbra con aquel chico italiano para reconocer la tragedia de su inocencia. James sabe retratar, como un Singer Sargent de su época, a la sociedad americana en contraste con la europea, la vieja aristocracia y la riqueza fresca e inexperta del americano. Con Daisy y su inocente insensatez y la manera en que el joven que narra es atraído por la chica y lamenta el desenlace que él pudo prever, pero ella no, asistimos a la tragedia de los sueños mal colocados; o del universo de apariencias y códigos que anhela romper el joven en el mundo de su tía, y que admirará y lamentará en Daisy cuando ir al Coliseo de noche, fuera de horarios, con el pretendiente romano, la lleve a la muerte. Daisy es un personaje contradictorio, chocante y delicioso, de cierta forma banal, que solo la novela corta en esos episodios ce-

ñidos a unos días de verano, podría comunicar con tal precisión. El asunto, sin duda, no se sostendría en las aguas de la novela, y el cuento podría apenas contar la parte climática del relato. La novela corta permite conocer a Daisy, al narrador y conmovernos con el cruel desenlace.

Amelia y el jorobado Lyme son dos personajes del gótico sueño que, con esta pieza corta, Carson McCullers sembró para el imparable asombro del lector. Ninguno es un personaje convencional, Amelia es más bien masculina, robusta, se encarga de la bodega y tiene un café en la localidad, estuvo casada con el hombre guapo del pueblo, un pillo que está pagando una condena en la cárcel, es ruda y golpeadora. Pero cuando aparece ese jorobado diminuto que afirma ser su primo, Amelia se volverá su protectora, abrirá sus puertas para que los parroquianos beban a gusto del whisky que ella expende hasta el día que aparezca su exmarido y después de un round de box con ella, pierda al contrahecho Lyme que continuará sus pillerías con él en otros lares. De nuevo la tragedia (tal vez la novela corta es más poderosa si el final es triste), Amelia habrá de pasar por diversos estados, saldrá de su mutismo hosco, será benévola y coqueta y se sumirá en el desencanto cuando decida cerrar el café, como sabemos por la voz que narra ante la vista del lugar casi abandonado donde alguien asoma por la ventana del piso alto. En una y otra novela el espacio y el tiempo están claramente acotados, poseen un marco preciso y las conductas tanto de Daisy como de Amelia afectan al entorno de distintas maneras; la muerte de Daisy parece subrayar un final merecido a ojos del núcleo social al que su madre desea pertenecer, no así del que narra, y Amelia, el café como un corazón, hará más amable la vida del pueblo enamorada de Lyme y lo desarropará con su desencanto.

Recuerdo lo que ocurre en cada una de estas dos novelas, pero sobre todo a Daisy con su tonta frivolidad y a Amelia con su insólita conducta frente al falso primo, ambas forman parte de la galería de personajes literarios memorables. En cambio, de los

cuentos se me queda más el suceso frente al que exhibe el personaje algún aspecto revelador.

El peligro de la novela siempre son las demasiadas palabras, en la novela corta el equilibrio que exige la selección de lo narrado, el ritmo y el punto de vista para darle forma es el *tour de force* del escritor. De ella no podemos esperar la epifanía del cuento, porque es mucho menos silenciosa que este, pero le ronda lo no dicho que (como al cuento) le da densidad. Si volvemos a la analogía con el clavadista, en la novela corta el clavado con piroetas ocurre en cámara lenta, y en cada momento del clavadista podemos ver los detalles y los gestos que nos permitirán saber más de él.

II

La más faulera es mi primera experiencia con la novela corta y más precisamente con la escritura donde hay un desarrollo de personajes. Hasta entonces, las aguas del cuento, su precisión y equilibrio, eran mi horma. Alguien leyó el cuento germen de *La más faulera* y me sugirió hacer una novela. De golpe sentí que me ponían contra la pared, y de cara. Pero si yo no quería hacer una novela, lo esencial estaba en ese cuento, “Por un diente”. La violencia y el miedo, lo que pudo haber sido el desenlace en una cancha de básquetbol y el baño de mujeres donde esperaban a la protagonista que le había tirado un diente a la contraria (sin querer) para golpearla (queriendo). La editora me dijo que podía publicarse en su colección para jóvenes y eso era una manzana tentadora. Cuando acabé mi primera novela breve, la colección de jóvenes ya no existía, pero había tanteado el río narrativo de sucesos varios donde llegué a conocer un poco más a Andrea y su circunstancia.

La aproximación fue un tanto ingenua y consistió en imaginar el tiempo anterior y el tiempo posterior al hecho dramático y construir el mundo cotidiano y las relaciones significativas para la protagonista. Vista desde el hoy, a esa novela corta le falta la malicia

y el misterio del clavadista que elige cierto grado de dificultad, es más un relato largo y una primera aproximación a la construcción de un personaje, pero funciona con los lectores adolescentes. Las ediciones continuas lo atestiguan.

Doble filo es, en cambio, una propuesta de escritura después de publicar varias novelas de largo aliento y de continuar mi adicción al cuento. Elegí las reglas del juego que someterían a la forma y al desarrollo de la historia: las restricciones, como las llama Umberto Eco. Me propuse contar el deseo de olvidar una historia de amor de una mujer joven frente a una extraña terapeuta que usa métodos intuitivos y metafóricos; así, mientras la joven olvida, la terapeuta recorre su historial romántico y construye el mapa sentimental que le permite ser la que ahora es dispuesta a no olvidar. La historia pudo ser contada de diversas maneras pero quise hacerlo a ritmo de sesiones, estancias breves donde el punto de vista es el de la terapeuta que escucha la otra historia, ejecuta acciones y en soledad se percata de que ella es cada vez más apegada a su pasado y menos dispuesta a dejarlo ir. Cada una de las partes podría leerse como una minificción; la sesión acotada en el tiempo es la del texto en la página. La densidad de lo que ocurre está sobre todo en los silencios. La novela se hilvana como los collares que la terapeuta hace y deshace para dejar ir los problemas ajenos. La historia pidió su forma, desconfié de las demasiadas palabras e hice mi aliado el poder sugerente del cuento, aunque la continuidad y la necesidad de saber qué pasa y quién es cada una apunta a la esencia de la novela.

Fue durante un encuentro de escritores en Ciudad Juárez, donde después de las participaciones en el foro y dada la inseguridad de entonces que, reclusos en el hotel, Cristina Rivera Garza, Rosa Beltrán, David Ojeda, Elmer Mendoza y yo platicamos de la novela corta y el reto del género. Nos propusimos escribir una, soñamos con verlas publicadas al unísono, finalmente cada uno hicimos lo que pudimos: *Doble filo* fue mi respuesta al reto.